

CAPÍTULO II

LA DESCENTRALIZACIÓN DE LA INDUSTRIA

(CONTINUACIÓN)

Italia y España.—India.—Japón.—Estados Unidos.—Las industrias de algodón, lana y seda.—La creciente necesidad, para cada país, de tener como base el consumo interior.

Sin embargo, el influjo del crecimiento industrial se ha hecho sentir, no sólo hacia el Oriente, sino en dirección del Sudeste y del Sur.

Austria y Hungría avanzan diariamente en la carrera emprendida por los pueblos, tras la preponderancia industrial; la Triple Alianza se ha visto ya amenazada por la creciente tendencia de los industriales austriacos á protegerse contra la competencia alemana, y hasta la dual monarquía ha visto recientemente á sus dos naciones hermanas cuestionar sobre derechos de Aduana.

Aunque la industria austriaca es relativamente moderna, produce un rendimiento anual de 2.500.000.000 de francos. Bohemia, en pocos años, se ha convertido en un país industrial de considerable importancia, y la excelencia y originalidad de la maquinaria aplicada á los nuevos molinos harineros reformados de Hungría, muestran que la joven industria húngara va por buen camino, no sólo para poder competir con sus hermanas ma-

yores, sino para contribuir por su parte también á aumentar nuestros conocimientos respecto al empleo de las fuerzas naturales. Y permítaseme agregar de paso, que otro tanto puede decirse, hasta cierto punto, con relación á Finlandia. Hay falta de datos respecto al estado actual de la industria en Austria-Hungría; pero lo relativamente pequeño de las importaciones de artículos manufacturados, es digno de tenerse en cuenta. El consumo que este país hace de géneros ingleses es insignificante, y se va emancipando con rapidez de su antigua dependencia alemana. (Véase *Apéndice F.*)

El mismo progreso industrial se extiende sobre las Penínsulas del Sur. ¿Quién hubiera hablado hace veinte años de las fábricas italianas? Y, sin embargo, bien lo ha demostrado la Exposición de Turín de 1884. Italia figura ahora entre los países manufactureros.

«En todas partes se observa un considerable movimiento comercial é industrial—escribió un economista francés al *Temps*.—Italia aspira á pasarse sin productos extranjeros. El lema patriótico es: ¡Que Italia se baste para todo! Él inspira á la masa entera de los productores; no hay un solo fabricante ó industrial que, aun en lo más insignificante, no haga todo lo posible por emanciparse de la tutela extranjera.» Los mejores modelos franceses é ingleses son imitados y mejorados con un toque de genio nacional y tradición artística.

Se carece de estadísticas completas, así que, el *Anuario Estadístico* recurre á indicaciones indirectas; pero el rápido aumento de las importaciones de carbón (9.000.000 de toneladas en 1896, contra 779.000 toneladas en 1871); el crecimiento de la industria minera, que ha triplicado su producción durante los últimos quince años; la creciente producción de acero y maquinaria (cerca de 75.000.000 de francos en 1886) que, para usar

las palabras de Bovio, muestran de qué modo un país sin combustible ni mineral propio, puede, sin embargo, tener una notable industria metalúrgica, y, finalmente, el desarrollo de la industria textil, revelado por las importaciones de algodón en rama, y por haberse casi doblado el número de husos en el transcurso de cinco años (1); todo esto demuestra que la tendencia hacia convertirse en un país industrial, capaz de satisfacer sus necesidades con su industria propia, no es un mero sueño. Y en cuanto á los esfuerzos hechos para tomar una parte más activa en el movimiento universal, ¿quién no conoce las aptitudes tradicionales de los italianos en semejante dirección?

Debo también mencionar á España, cuyas industrias textil, minera y metalúrgica crecen rápidamente; pero me apresuro á ocuparme de pueblos que, hasta hace pocos años, eran considerados como eternos y obligados consumidores de las naciones manufactureras de la Europa occidental.

Tomemos, por ejemplo, al Brasil. ¿No estaba condenado por los economistas á sembrar algodón, á exportarlo en rama y á recibirlo ya tejido, en cambio? Hace veinte años, sus nueve miserables fábricas, sólo podían sumar en junto unos 385 husos; pero ya en 1887 había allí 46 fábricas de algodón, y cinco de ellas tenían hasta 40.000 husos, en tanto que, considerado todo en conjunto, sus cerca de 10.000 telares arrojan cada año al mercado brasileño más de 33.000.000 de yardas de gé-

(1) El importe neto de algodón en rama llegó á 291.680 quintales en 1880, y á 594,118 en 1885. En 1885 había 1.800.000 husos, contra 1.000.000 en 1877. La industria entera ha nacido desde 1859 á la fecha. La importación neta de hierro en lingotes fue de 700.000 á 800.000 quintales durante los cinco años, desde 1881 á 1885.

neros de algodón. Y hasta Vera Cruz, en Méjico, bajo la protección del fisco, ha empezado á elaborar el algodón, jactándose en 1887 de tener 40.200 husos, haber producido 287.700 piezas de tejido y 212.000 de hilado. Desde entonces se ha seguido progresando regularmente, y en 1894 el Vicecónsul Chupmann comunicó que en las fábricas de hilados de Orizaba se encuentran instalaciones con todos los adelantos modernos; «y en cuanto al estampado—decía—se hace tan bueno, si no mejor, que el importado» (1).

* * *

La India, sin embargo, es la que más completamente ha contradicho la teoría de la exportación. Se la había considerado siempre como la más firme consumidora del algodón británico, y así lo ha sido hasta ahora. Del total de géneros de algodón exportado por Inglaterra, acostumbraba á comprar más de la cuarta parte, casi una tercera (de 425.000.000 á 550.000.000 de francos, de un total de 1.875.000.000, hace diez años, y de 402.500.000 á 455.050.000 francos durante los años 1893 y 1894). Pero las cosas han empezado á cambiar: las fábricas de algodón de la India, que—por causas no bien conocidas aún—fueron tan poco afortunadas en sus principios, han echado de repente hondas raíces.

En 1860 sólo consumieron 23.000.000 de toneladas de algodón en rama, pero en 1877 esa cantidad se había casi cuatriplicado, triplicándose otra vez en los últimos diez años: en 1887-1888 se emplearon 283.000.000 de

(1) *The Economist*, 12 Mayo 1894, pág. 9: «Hace pocos años las fábricas de Orizaba no usaban más que algodón en rama importado, pero ahora usan el del país todo lo posible.»

toneladas de algodón en rama. El número de fábricas varió de 40 en 1877 á 147 en 1895; el número de husos se elevó de 886.100, á 3.844.300 en el mismo año, y mientras que en 1887 se empleaban 57.188 trabajadores, siete años después el número de éstos llegaba á 146.240, en tanto que el capital empleado en fábricas, por compañías formadas al efecto, se elevó de 7.000.000 de decenas de rupias en 1882 á 14.600.000 en 1895 (1). Y en cuanto á la calidad de las mismas, baste decir que los libros azules del Gobierno las elogian; las Cámaras de Comercio alemanas hacen constar que las mejores filaturas de Bombay «no se hallan ahora muy distantes de las mejores de Alemania»; dos grandes autoridades en la materia, Mr. James Platt y Mr. Henry Lee, convienen en decir «que en ningún otro país del mundo, excepto en el Condado de Lancaster, poseen los operarios tan favorables disposiciones naturales para la industria textil como en la India» (2).

La exportación de algodón torcido de India pasó del doble en cinco años (1882-1887), y ya en este último pudo leerse en el *Statement* (pág. 42) que «cada vez se importaba menos algodón torcido de las clases inferiores y aun de la media, lo cual indicaba que las filaturas indias iban gradualmente apoderándose del mercado interior.»

De este modo, mientras que la India continuó importando casi la misma cantidad de géneros de algodón ingleses (muy poco reducida desde entonces) ya en aquella época (en 1887) lanzaba á los mercados extranjeros una cantidad que no bajaba de 90.887.750 francos de sus algodones, de la misma clase que los del condado de

(1) Diez rupias equivalen próximamente á 25 francos.

(2) SCHULZ, *Gänsewitz, The Cotton Trade, etc.*, pág. 123.

Lancaster, exportando 33.000.000 de yardas de *muselina morena*, fabricada en la India con trabajadores del país. Y la exportación ha continuado creciendo desde entonces; así que, en los años 1891-93, se exportaron de 73.000.000 á 80.000.000 de yardas en piezas de algodón (1), y de 161.000.000 á 189.000.000 de torzal. Finalmente, en 1897 el valor del torzal y textiles exportados alcanzó la respetable cantidad de 14.073.600 decenas de rupia.

Las fábricas de yute de la India han crecido con mayor rapidez aún (2), y esta industria, que antes florecía en Dundee, vino á decaer, no sólo por las altas tarifas de las potencias continentales, sino también por la competencia indiana. Hasta fábricas de lana se han montado últimamente, y la industria del hierro tomó allí un rápido desenvolvimiento desde que se encontró el medio, después de muchos ensayos y contratiempos, de alimentar los hogares con carbón del país. Dentro de pocos años, nos han dicho los especialistas, la India producirá el hierro que necesite. Y no sin falta de temor ven los fabricantes ingleses el constante crecimiento de la importación de textiles manufacturados en aquel país, en tanto que en los mercados del extremo Oriente

(1) 312 balas se exportaron á China y el Japón en 1893, en vez de las 112.100 en diez años antes.

(2) En 1882 tenían 5.633 telares y 95.937 husos: dos años después (1884-85) ya tenían 6.926 telares y 131.740 husos, dando ocupación á 51.900 personas. Ahora, ó mejor dicho, desde 1895, las veintiocho fábricas de yute de la India tienen 10.580 telares y 216.140 husos (duplicados en doce años) y emplean, por término medio, diariamente 73.889 personas. Las siguientes cifras muestran bien claramente el progreso realizado en la maquinaria: la exportación de telas de yute fue en la India de 38.596.750 francos en 1884-85, y de 103.347.500 francos en 1895. (Véase *Apéndice H.*)

y de África la India se convierte en una terrible competidora para la madre patria. ¿Y por qué no había de serlo? ¿Qué puede impedir el aumento de la industria india? ¿Sería la falta de capital? No; porque el capital no tiene patria; y si resulta un buen negocio el utilizar á los trabajadores indios, cuyos salarios no son más que de la mitad, y algunas veces hasta de menos, de los de los obreros ingleses, el capital acudirá á la India, del mismo modo que ha ido á Rusia, aunque esto suponga el hambre para el condado de Lancaster y Dundee. ¿Será, acaso, la falta de conocimientos? Las distancias no son ya un obstáculo para su desarrollo; sólo los primeros pasos son los difíciles. Y respecto á la superioridad de la mano de obra, nadie que conozca al trabajador indio dudará de sus disposiciones. Seguramente que no resultarán inferiores, si se las compara con las de las 86.500 criaturas de menos de trece años de edad, ó con las de los 363.000 jóvenes de ambos sexos de menos de diez y ocho, que trabajan en la industria textil de la Gran Bretaña (1).

Diez años no son muchos en la vida de las naciones; y sin embargo, en el último decenio otro competidor poderoso ha aparecido en Oriente: me refiero al Japón.

(1) El número de muchachos, de más de trece y de menos de diez y ocho, que trabajaban la jornada completa, fue en el año 1890 de 83.998; el de las muchachas no se tiene; se las considera como «mujeres» y trabajan la jornada completa. Mas, como la proporción de las mujeres respecto á los hombres es de dos á uno en la industria referida del Reino Unido, el número de muchachas de esa edad (trece á diez y ocho) puede considerarse como el doble del de los varones, esto es, sobre 190.000; lo que da una cifra de lo menos 363.000 jóvenes de menos de diez y ocho años, en un total de 1.084.630 operarios empleados en toda la industria textil del país. Más de un tercio. (*Statesman's year-book* para 1898, pág. 7.)

En Octubre de 1888, el *Textil Recorder* menciona brevemente que la producción anual de torzales en las fábricas japonesas llegó á 9.498.500 toneladas, y que quince fábricas más, capaces para 156.100 husos, se hallaban en vías de construcción (1). Dos años después, 25.000.000 de toneladas de torzal fueron hiladas en dicho país; y mientras que en 1886-88 el Japón importaba cinco ó seis veces tanto torzal del exterior como el hilado allí, al año siguiente sólo dos terceras partes del consumo total del país fueron importadas (2). Desde esa época, la producción ha ido creciendo regularmente. De 6.503.309 toneladas en 1886, alcanzó á 91.950.000 toneladas en 1893, y 153.444.000 toneladas en 1895. En nueve años ha aumentado, pues, veinticuatro veces. El total de la producción de tejidos, evaluada en 30.000.000 de francos en 1887, se elevó rápidamente á 356.750.000 francos en 1895; representando el algodón las dos quintas partes de dichas cantidades. En su consecuencia, la importación de géneros de algodón descendió en 1884, de 41.000.000 de francos á 21.240.000 en 1895, mientras que la exportación de géneros de seda subió á 81.150.000 francos. Y, además, las industrias del carbón y del hierro crecieron con tal rapidez, que el Japón pronto dejará de depender de Europa, en cuanto á los artículos de hierro se refiere; porque la ambición de ese país es la de construirse sus mismos buques, y el verano anterior trescientos ingenieros dejaron los talleres de Elswick de M. Armstrong, á fin de montar astilleros allí. Pero su contrato era sólo por cinco años: en ese tiempo espera-

(1) *Textil Recorder*, 15 Octubre, 1888.

(2) 17.778.000 k. de torzal se importaron en 1886 contra kilogramos 2.919.000 fabricados en el país. En 1889, el movimiento fue de 25.687.000 k. de importación y 12.160.000 k. nacionales.

ban los japoneses haber aprendido lo bastante para construirse sus barcos ellos mismos (1).

Y en cuanto á artículos tan sencillos como los fósforos, esta industria, después de la crisis de 1884, ha vuelto á levantarse, y en 1895 la exportación fue de más de 15.000.000 de gruesas, valoradas en 31.163.750 francos.

Todo esto demuestra que la tan temida invasión del Oriente á los mercados europeos progresa rápidamente. Los chinos duermen todavía; pero estoy firmemente persuadido, por lo que he visto en su país, que el día que empiecen á trabajar con la ayuda de la maquinaria europea—y ya se han dado los primeros pasos en ese sentido—lo harán con mejor éxito, y, naturalmente, en mucha mayor escala que los japoneses.

Pero, ¿qué diremos de los Estados Unidos, á los que no se puede acusar de emplear jornales bajos, ó de mandar á Europa productos «baratos é inferiores»? Su gran industria puede decirse que data de ayer; y, sin embargo, ya mandan á la vieja Europa cantidades de maquinaria que crecen por momentos, y en este año han empezado á enviar hasta hierro en lingotes.

En el curso de veinte años (1870-90), el número de personas empleadas en las fábricas americanas se ha duplicado con exceso, y el valor de su producción casi se ha triplicado (2).

(1) La industria minera ha crecido del modo siguiente: extracción de cobre, 2.407 toneladas en 1875; 11.064 en 1887. De carbón: 567.200 toneladas en 1875; 1.669.700, doce años después; 4.259.000 en 1894. De hierro: 3.447 toneladas en 1875; 15.268 en 1887; más de 20.000 en 1894. (K. RATHGEN, *Japonis Volkswirtschaft und Stoathaushaltung*, Leipzig, 1891; Informes Consulares.)

(2) Trabajadores empleados en la industria: 2.654.000 en 1870, 4.712.600 en 1890. Valor producido: 16.929.305.000 francos en

La industria algodonera, provista de una maquinaria excelente hecha allí (1), se desarrolla rápidamente, y la exportación de algodón labrado en el país llegó el año pasado á unos 70.000.000 de francos próximamente. Y respecto á la producción anual de lingotes de hierro y acero, ya excede á la de la Gran Bretaña (2), y la organización de esa industria es también superior á aquella, como hizo notar Mr. Berkley en Noviembre del 91, en su Memoria al Instituto de Ingenieros Civiles (3).

Todo lo cual es, puede decirse, la obra de los últimos veinte ó treinta años, habiéndose creado casi por completo industrias enteras desde el año 1860 (4).

¿Cuál será, pues, el estado de la industria americana de aquí á veinte años, ayudada como está por un maravilloso desenvolvimiento de destreza técnica, por escuelas excelentes, por una educación científica que corre parejas con la técnica, y por un espíritu emprendedor que no tiene rival en Europa?

Se han escrito volúmenes sobre la crisis de 1886-87, la cual, usando los términos de la Comisión parlamenta-

1870, y 46.862.186.400 en 1890. Producción anual por trabajador, 8.240 francos en 1870 y 9.945 en 1890.

(1) *Textil Recorder*.

(2) Fue de 7.255.076 á 9.811.620 toneladas de lingotes de hierro durante los años 1890-94; obteniéndose 4.051.260 toneladas de «acero Bessemer y Clapp-Griffiths» en 1890.

(3) El mayor rendimiento de un horno de fundición en la Gran Bretaña no excede de 750 toneladas en la semana, mientras que en América ha llegado á 2.000 toneladas. (*Nature*, 19 Noviembre de 1891, pág. 65).

(4) J. R. DOGDE, *Farm and Factory: Aids to Agriculture from other Industries*, Nueva York y Londres, 1884, pág. 111. Cuya lectura recomiendo encarecidamente á los amantes de estos estudios.

ria, duró desde 1875, interrumpida únicamente por «un corto período de prosperidad de que disfrutaron algunas ramas industriales en los años 1880 á 1883»; crisis, agregaré, que se extendió por todos los países industriales del mundo.

Y después de examinar todas las causas posibles de ella, aunque pudiera haber alguna diferencia en la forma, en cuanto al fondo todos convinieron con el dictamen de la Comisión parlamentaria, que puede resumirse en estas palabras: «Los países industriales no encuentran compradores que les permitan realizar grandes beneficios.» Y como la utilidad es la base de la industria capitalista, su disminución explica todas sus ulteriores consecuencias: ella hace que los patronos rebajen los jornales ó el número de obreros, ó el de los días de trabajo á la semana, ó bien les induce á acudir á la confección de otras clases de géneros más inferiores, que, por regla general, se pagan peor que los de mejor calidad. Como decía Adam Smith, la disminución de los beneficios trae consigo la de los salarios, y esto implica una reducción de consumo por parte del trabajador. También supone alguna reducción en el consumo por parte del patrono, y ambas reunidas significan menos utilidades y menos consumo, por parte de esa inmensa clase de intermediarios que ha aparecido en todo país industrial; lo cual, á su vez, representa una nueva disminución en las utilidades del fabricante.

Un país cuya industria tenga por principal objeto la explotación y, por consiguiente, viva casi por completo de su comercio exterior, se halla en una posición muy parecida á la de Suiza, que vive, hasta cierto punto, de las utilidades que les reportan las visitas de los extranjeros que van á ver sus lagos y glaciers. Una buena «temporada», quiere decir una entrada de 25.000.000 á

50.000.000 de francos importados por los viajeros; y una mala, produce los efectos de la pérdida de la cosecha en un país agrícola, resultando, como consecuencia inevitable, el empobrecimiento general. Y otro tanto sucede con todo país que fabrique para la exportación: si la «temporada» es mala, y los artículos exportados no pueden venderse á doble precio del que tenían en el interior, el país que viva principalmente de este tráfico sufrirá sin remedio. Pocos ingresos para los forasteros de los Alpes, suponen un período de estrechez en una gran parte de Suiza, y pocas utilidades para los fabricantes ingleses y escoceses, y los exportadores al por mayor, representan también un período de estrechez para la Gran Bretaña. La causa es la misma en ambos casos.

Hacía muchos años que no habíamos visto precios tan bajos en el trigo y en los artículos manufacturados como los que existían últimamente, y, sin embargo, el país atravesaba una crisis. Las gentes, por supuesto, achacaban el mal á un exceso de producción. Pero semejante frase carece de sentido, á menos de que no se pretenda manifestar con ella que los que se hallan necesitados de toda clase de productos no tienen medios de adquirirlos á causa de lo reducido de los salarios. Nadie se atreverá á afirmar que sobran los muebles en las casas dismanteladas de los agricultores; que abundan las camas y los cobertores en la morada del trabajador; que hay luces demás en las chozas, y que tienen demasiada ropa no sólo aquellos que acostumbraban á dormir (en 1886) entre dos periódicos en la plaza de Trafalgar, sino muchas de esas personas que se presentan los domingos vestidas con cierta pulcritud. Nadie tendrá valor para decir que sobra el alimento en casa del campesino que gana quince pesetas á la semana, ó en la de la mujer que gana de cincuenta á sesenta céntimos al día

en los talleres de costura ó en una de esas pequeñas industrias que tanto abundan en los barrios exteriores de todas las grandes ciudades. Exceso de producción significa mera y simplemente la falta de medios de poder adquirir por parte de los trabajadores; falta que se sintió en todos los pueblos del continente durante los años 1885-87.

Después que los años malos pasaron se presentó una animación repentina del comercio internacional; y como la exportación británica se elevó en cuatro años (1886 á 1890) á cerca del 24 por 100, se empezó á decir que no había razón para temer la competencia extranjera; que la baja en las exportaciones en 1885-87 fue sólo temporal, y general en Europa, y que Inglaterra, ahora, como siempre, mantenía por completo su posición dominante en el comercio internacional. Es indudablemente verdad que si consideramos exclusivamente el valor real de las exportaciones correspondientes á los años 1876 al 1895, no vemos una declinación permanente, notándose sólo fluctuaciones. El comercio de exportación británico, como el tráfico en general, parecen indicar una inclinación hacia la intermitencia: bajaron de 5.025.000.000 de francos en 1876 á 4.800.000.000 en 1879; elevándose después otra vez á 6.025.000.000 en 1882; bajando de nuevo á 5.325.000.000 en 1886, volviéndose á elevar á 6.600.000.000 en 1890, y cayendo más tarde hasta llegar á un mínimun de 5.400.000.000 de francos en 1894, para ser seguido el año siguiente por un ligero movimiento de elevación.

Siendo un hecho semejante periodicidad, Mr. Giffen pudo quitarle importancia á la «Competencia alemana», mostrando que la exportación del Reino Unido no había disminuído; pudiendo hasta decirse que por cabeza de población había permanecido tal como estaba hace

veinte años, á pesar de todas las fluctuaciones (1).

Sin embargo, cuando consideramos las *cantidades* exportadas y las comparamos con su *valor efectivo*, hasta el mismo Mr. Giffen debe reconocer que los precios de 1883 fueron tan bajos, comparados con los de 1873, que para alcanzar el mismo valor efectivo, el Reino Unido hubiera tenido que exportar cuatro piezas de algodón en vez de tres, y ocho ó diez en artículos metálicos en lugar de seis. «El conjunto del comercio exterior británico, si se hubiese evaluado á los precios de hace diez años, habría llegado á 21.525.000.000 de francos en vez de 16.675.000.» se nos dijo por voz tan autorizada como la de la comisión encargada del estudio de la depresión comercial.

Puede decirse, sin embargo, que el año 1873 fue una excepción, debido al exceso de demanda que hubo después de la guerra franco-alemana. Luego, el movimiento descendente no ha dejado de continuar; por último, si aceptamos los datos presentados en el último *tatesman's year-book*, veremos que mientras que este país exportó en 1883 4.957.000.000 de yardas en piezas de géneros (algodón, lana y lino) y 316.000.000 de torzal, á fin de alcanzar un valor de exportación de 2.612.500.000 francos, el mismo país tuvo que exportar en 1895 nada menos que 5.478.000.000 de yardas de los mismos tejidos

(1) Por cabeza de población aparece en pesetas como sigue:

1876.....	francos 151,25	1886.....	francos 146,25
1877.....	» 148,75	1887.....	» 151,25
1878.....	» 142,50	1888.....	» 158,75
1879.....	» 140,00	1889.....	» 167,50
1880.....	» 161,25	1890.....	» 176,25
1881.....	» 167,50	1891.....	» 163,75
1882.....	» 171,25	1892.....	» 147,75
1883.....	» 168,75	1893.....	» 142,50
1884.....	» 162,50	1894.....	» 138,75
1885.....	» 147,50	1895.....	» 140,00

y 330.000.000 de torzal, para realizar 2.498.500.000 francos solamente.

Respecto al año 1894, que fue de los mínimos, la proporción resultó aún peor; y parecería más mala todavía si nos ocupásemos sólo del algodón, ó hiciéramos una comparación con el año 1860, en el cual 2.776.000.000 de yardas de géneros de algodón y 197.000.000 toneladas de algodón torcido fueron evaluadas en 1.300.000.000 de francos, en tanto que treinta y cinco años después, casi el doble de millones de yardas (5.033.000.000) y 252.000.000 de toneladas de torzal hicieron falta para representar 1.707.500.000 francos (1). Y no debemos olvidar que la mitad (en valor) de las exportaciones inglesas é irlandesas la constituyen los textiles.

Así vemos, pues, que mientras el valor de la exportación del Reino Unido permanece, hablando en términos generales, sin alteración durante los últimos veinte años, los altos precios que antes de esa época se obtenían por los artículos exportados, y con ellos las grandes utilidades que proporcionaban, han desaparecido para siempre.

Y no habrá cálculo aritmético que persuada á los industriales británicos de lo contrario. Ellos saben perfectamente que el mercado interior se hace cada día más plétórico; que los mejores del extranjero se le van de las manos, y que en los neutrales la competencia se hace sentir. Esta es la inevitable consecuencia del desarrollo de la industria en el mundo entero. (Véase *Apéndice G.*)

Grandes esperanzas se fundan en Australia, considerada como mercado para los géneros británicos; pero ella hará lo que ya está haciendo el Canadá, fabricará también. Habiendo contribuído poderosamente la últi-

(1) *Statesman's year-book*, 1896, pág. 78.

ma Exposición colonial, al enseñar al «colono» lo que puede y debe hacer, á acelerar el día en que cada colonia *fara da se á* su vez. Ya el Canadá y la India imponen derechos de entrada á los géneros británicos. Y respecto á los mercados del Congo, de los que tanto se ha hablado, y los cálculos y promesas de Stanley, ofreciendo un consumo de 650.000.000 de francos al año si los fabricantes del condado de Lancaster proveían á los africanos de fajas, me parecen de la misma índole y tan ilusorios como los famosos gorros de dormir de los chinos, que debían enriquecer á Inglaterra después de la guerra con aquel Imperio. Pero los chinos prefieren los gorros hechos en el país; y en cuanto á las gentes del Congo, cuatro pueblos por lo menos luchan entre sí por el suministro de sus pobres trajes: la Gran Bretaña, Alemania, los Estados Unidos, y la última de todas, aunque no la menos importante, la India.

Hubo un tiempo en que Inglaterra tenía casi el monopolio de la industria algodonera; pero, ya en 1880 sólo poseía el 55 por 100 de todos los husos que funcionaban en Europa, los Estados Unidos y la India, (40.000.000 de 72.000.000), y muy poco más de los telares (550.000 de 972.000). En 1895, la proporción se vió de nuevo reducida á 41 por 100 en los husos (45.300.000 de 91.340.000) (1), perdiendo así terreno mientras las demás lo ganaban, hecho que debe hallarse muy natural, y que podía haberse previsto. No hay motivo para que la Gran Bretaña sea siempre la gran fábrica algodonera del mundo, cuando el algodón en rama tiene que ser importado aquí como en otro país cualquiera. Era muy natural que Francia, Alemania, Italia, Rusia, India, Japón, los Estados Unidos, y hasta Méjico y el Bra-

(1) *The Economist*, 13 Enero 1894.

sil, empezasen á hilar su propio hilo y á tejer sus propios géneros de algodón. Pero la aparición de la industria algodонера en un país, ó, mejor dicho, de una industria textil cualquiera, se convierte inevitablemente en punto de partida para el nacimiento de una serie de otras industrias, siendo la química y la mecánica, la metalúrgica y la minera, las que primero reciben el impulso engendrado por una nueva exigencia. Toda la industria nacional, así como toda la educación técnica, *deben* mejorar, á fin de poder satisfacer esa necesidad desde el momento que se ha hecho sentir.

Lo que ha pasado respecto al algodón, ocurre también con relación á otras industrias: la Gran Bretaña y Bélgica no tienen ya el monopolio de la industria lanera; muchas fábricas de Verviers están paradas; los tejedores belgas son víctimas de la miseria, en tanto que Alemania aumenta anualmente su producción de lana, y exporta nueve veces más de este artículo que Bélgica. Austria tiene sus lanas propias y las exporta; Riga, Sodz y Moscow, suministran á Rusia telas finas de lana, y el crecimiento de esta industria en cada uno de los países á que últimamente nos hemos referido da nacimiento á centenares de otras, relacionadas con ella.

Durante muchos años ha tenido Francia el monopolio de la industria de la seda: criándose el gusano de ésta en el Sur del país, era muy natural que Lyon se convirtiese en centro de esa manufactura; el hilado, el tejido doméstico y las tintorerías se desarrollaron en grande escala, llegando esta industria á tomar tales vuelos, que el suministro de la primera materia, producto del país, se hizo insuficiente, habiendo necesidad de importarla de Italia, España, el Sur de Austria, Asia Menor, el Cáucaso y Japón, por la cantidad de francos 220.000.000 á 275.000.000, en 1875 y 1876, mientras

que el valor de la francesa elaborada, sólo fue de francos 20.000.000

Miles de jóvenes de ambos sexos fueron atraídos de los distritos rurales hacia Lyon y sus inmediaciones: la industria prosperaba; pero, poco á poco, nuevos centros de esa industria surgieron en Basel, y en las casas de los aldeanos, en los alrededores de Zurich. Los emigrados franceses la importaron, y se desarrolló especialmente después de la guerra civil de 1871. La administración del Cáucaso invitó á trabajadores y trabajadoras de Lyon y Marsella á que enseñasen á los georgianos y á los rusos el mejor modo de criar el gusano de seda y todo lo referente á tal industria, viniendo á convertirse Staupopol en un nuevo centro de tejido de seda; Austria y los Estados Unidos hicieron otro tanto, ¿y cuáles son ahora los resultados? Durante los años que median de 1872 á 1881, Suiza ha duplicado con exceso el producto de esa industria; Italia y Alemania lo aumentaron en un tercio, y la región de Lyon, que anteriormente fabricaba por valor de 454.000.000 de francos al año, presentó en 1887 un estado en que no pasaba de 378.000.000. Su exportación, que alcanzó un término medio de 425.000.000 de francos en los años de 1855 al 59, y 460.000.000 en 1870-74, descendió en 1887 á 233.000.000. Y es un hecho reconocido por los especialistas franceses, que, en la actualidad, no baja de un tercio de la cantidad de géneros de seda que se gasta en Francia, lo que representa el importado de Zurich, Crefeld y Barmen. Hasta la misma Italia, que tenía 2.000.000 de husos y 30.000 telares en 1880 (contra 14.000 en 1870), manda á Francia sus sedas y compite con Lyon. Los fabricantes franceses pueden gritar tan alto como quieran pidiendo protección, ó acudir al recurso de producir géneros más baratos de inferior cali-

dad; pueden vender 3.250.000 kilogramos de seda labrada al mismo precio que antes vendieron 2.500.000 en 1855-59; pero no recuperarán jamás la posición que ocupaban entonces.

Italia, Suiza, Alemania, los Estados Unidos y Rusia, tienen sus fábricas de seda propias, y no importarán de Lyon más que las clases superiores. Respecto á las otras, los pañuelos de seda son de uso tan corriente entre las sirvientes de San Petersburgo, porque la industria nacional del Cáucaso del Norte los proporciona á un precio que arruinaría á los tejedores lioneses. La industria se ha descentralizado, y aunque Lyon es todavía un centro en cuanto á los tejidos más superiores, no volverá nunca á ser otra vez el foco principal de esa industria como lo fue hace treinta años.

Ejemplos parecidos pudieran presentarse á cada paso. Ya Greenock no abastece á Rusia de azúcar, porque ésta tiene en su suelo toda la que necesita, á los mismos precios que se encuentra en Inglaterra. La industria relojera ha dejado de ser una especialidad de Suiza: ahora se hacen relojes en todas partes. La India extrae de sus noventa minas de carbón las dos terceras partes de su consumo anual. La industria de productos químicos, que creció en las márgenes del Clyde y Tyne, debido á las ventajas especiales que ofrecían la importación de piritas españolas, y la aglomeración de tanta variedad de industrias, paralela al curso de esos ríos, se halla hoy en decadencia. España, con ayuda de capitales ingleses, empieza á utilizar su pirita en provecho propio, y Alemania, no sólo ha venido á ser un gran centro para la fabricación del ácido sulfúrico y la soda, sino que ya se queja del exceso de producción.

¡Pero, basta ya! Son tantos los datos que tengo ante mi vista en apoyo de la misma tesis, que se podrían

multiplicar los ejemplos hasta lo infinito. Hora es de terminar, y para todo el que no esté dominado por un prejuicio, la conclusión se evidencia por sí misma. Las industrias de todas clases se descentralizan y reparten por el mundo entero, y en todas partes una variedad completa de industrias crece, en el lugar que antes ocupaba la especialización. Tales son los rasgos más característicos de los tiempos que corremos.

Cada pueblo se convierte á su vez en manufacturero, y no está lejos el día en que cada nación de Europa, así como los Estados Unidos y hasta las más atrasadas de Asia y América, fabriquen casi todo lo que les haga falta. Las guerras y otras causas accidentales podrán por algún tiempo contener la propagación de la industria, pero no impedirla; eso es inevitable.

Para todo el que empieza, los primeros pasos son los únicos difíciles; pues en cuanto una industria ha conseguido arraigarse, trae en pos de sí centenares de otras; y desde el momento que se ha empezado á trabajar y se han vencido los primeros obstáculos, el desenvolvimiento industrial marcha con rapidez.

El hecho se hace tan evidente, aunque no sea igualmente tan fácil de comprender, que el afán de colonizar se ha convertido en el rasgo más característico de los últimos veinte años. Cada nación pretende tener sus colonias propias; pero no bastarán para salir de apuro. No hay otra segunda India en el mundo, y las antiguas condiciones no se volverán más á repetir. Por el contrario, algunas de las colonias británicas amenazan ya con una seria competencia á la madre patria, y otras, como Australia, se disponen á seguir la misma senda. Y respecto á los mercados que aún permanecen neutrales, China nunca será un consumidor importante para Europa: ella puede producir más barato; y cuando sienta la necesidad

de gastar artículos europeos, se los fabricará por sí misma. ¡Ay de Europa si el día que la máquina de vapor invada á China sigue confiando en el consumo exterior! Y en cuanto á los semisalvajes africanos, su miseria no puede servir de base al bienestar de una nación civilizada.

El progreso se encuentra en otra dirección: en producir para satisfacer las necesidades internas. Los compradores para los algodones del condado de Lancaster y la cuchillería de Sheffield, las sedas de Lyon y los molinos harineros húngaros, no están en la India ni en África, sino entre los productores nacionales. Es inútil mandar almacenes flotantes á la Nueva Guinea con géneros de fantasía alemanes ó ingleses, cuando lo que sobran son gentes que quisieran poder comprarlos en ambos países.

En vez de quebrarnos la cabeza ensayando medios de buscar compradores fuera, sería mejor tratar de responder á la cuestión siguiente: ¿Por qué el trabajador británico, cuyas aptitudes industriales son tan altamente elogiadas en los discursos políticos; por qué el agricultor escocés y el campesino irlandés, cuyos esfuerzos por hacer producir terrenos estériles son algunas veces tan encomiados, no son consumidores para los tejedores del condado de Lancaster, los cuchilleros de Sheffield y los carboneros de Northumberland y de Gales? ¿Por qué los tejedores lyoneses no sólo no usan telas de seda, sino que suelen carecer hasta de alimento? ¿Por qué los agricultores rusos venden el trigo y, durante cuatro, seis y algunas veces hasta ocho meses en el año, se ven obligados á mezclar cortezas y hierbas á un puñado de harina para cocerse el pan? ¿Por qué es el hambre tan frecuente entre los cultivadores de trigo y arroz en la India?

Bajo las presentes condiciones de división de la so-

cialidad en capitalistas y trabajadores, en propietarios y masas, viviendo de jornales inseguros; la expansión de la industria sobre nuevas regiones viene acompañada siempre con los mismos hechos de inhumana opresión, matanza de niños, pauperismo, y mayores dificultades para atender á la subsistencia.

Las Memorias del inspector de fábricas de Rusia, las del Plaven Handelskammer, y las investigaciones italianas, están llenas de las mismas revelaciones que se encuentran en los informes de las Comisiones Parlamentarias de 1840 al 42, ó en las modernas revelaciones referentes al llamado «sistema del sudor», á que se someten los pobres, tanto en Glasgow como en Londres. Así, el problema del capital y del trabajo se universaliza, pero se simplifica al mismo tiempo. El volver á un estado de cosas en que se siembre el trigo y se fabriquen géneros para el uso de los mismos que lo cultivan y producen, tal es, indudablemente, el problema que habrá de resolverse durante los primeros años de la historia europea. Cada región vendrá á ser su propia productora y su propia consumidora de artículos industriales: pero eso implica forzosamente que sea, al mismo tiempo, su propia productora y consumidora de los productos agrícolas; y de eso es precisamente de lo que voy á ocuparme ahora.